



Seix Barral LOS TRES MUNDOS *Memorias*

J. M. Caballero Bonald

La novela de la memoria



Índice

PORTADA

CITAS

I. TIEMPO DE GUERRAS PERDIDAS

1. SERIAS DIFICULTADES PARA MIRAR DE LEJOS
2. REGIONES DEVASTADAS
3. NADA ES YA SUBALTERNO
4. FUNDIDO EN NEGRO
5. COMPOSICIÓN DE LUGAR
6. LOS ACOSTADOS Y OTRAS CONTROVERSIAS
7. DUELO A PRIMERA SANGRE
8. ESOS DESCONOCIDOS CON LOS QUE CONVIVES
9. MUGE LA NOCHE POR LA HABITACIÓN
10. EL SONIDO DE LA MÁQUINA DE ESCRIBIR
11. DE LAS FRONTERAS INDECISAS
12. SÓLO ES VERDAD LO QUE AÚN NO CONOZCO
13. CONTRIBUCIÓN A LA PERPLEJIDAD
14. ENSEÑANZAS DE LA EDAD

II. LA COSTUMBRE DE VIVIR

15. VÍSPERAS DUDOSAS
16. GUÍA DE PERPLEJOS
17. ENTREMOS MÁS ADENTRO EN LA ESPESURA
18. MIENTRAS TANTO TODAVÍA
19. INCOMPETENCIA DEL PASADO
20. CIRCUNLOCUCIONES
21. EXAMEN DE INGENIOS
22. JUSTICIA DEL TIEMPO

III. OLVIDOS APLAZADOS

23. FALTA LA VIDA, ASISTE LO VIVIDO
24. LOS ARGUMENTOS DE LA MIRADA
25. MIMETISMO DE LA EXPERIENCIA
26. VUELTA A EMPEZAR
27. LA DURACIÓN DEL PRETÉRITO
28. NUEVAS SITUACIONES
29. LA PERIÓDICA NECESIDAD DE LA INCERTIDUMBRE
30. TODO EL TIEMPO DEL MUNDO
31. DE LOS ORÍGENES DEL FUTURO
32. SOSPECHAS DE VERDADES
33. LAS FRONTERAS DIFÍCILES

NOTAS
CRÉDITOS

Dime tú, el que respondes, ¿fue verdad o fue sueño
lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos?

Quijote, Segunda Parte, LXII

Ved sin venda
la realidad en toda su leyenda.

JORGE GUILLÉN, *Maremágnum*

I

TIEMPO DE GUERRAS PERDIDAS

1. SERIAS DIFICULTADES PARA MIRAR DE LEJOS

Las fronteras de la infancia suelen coincidir con las del verano. Yo, al menos, nunca he logrado situarlas de otra manera en el territorio general de la memoria, como si lo más notable que me hubiese ocurrido cuando era niño permaneciera enmarcado en un campo estival o en una playa radiante de la Andalucía atlántica o en los tórridos atajos callejeros de Jerez. Las otras imágenes infantiles, por muy copiosas que sean, perseveran en la evocación dentro de un relieve mucho más desvaído y una tonalidad mucho menos acusada, con lo que han terminado por adquirir cierta condición de subalternas. Incluso tiendo instintivamente a desplazarlas de ese núcleo de sensaciones imborrables que determinan la densidad del recuerdo. Supongo que esa hipótesis tampoco es ajena a la ambigüedad selectiva con que se coteja el pasado, y no me parece mal que sea así, sobre todo porque lo único que pretendo es compulsar la verosimilitud de ciertas memorias que han sobrevivido a su natural decrepitud. A lo mejor no se trata más que de una simple coartada de la imaginación, fijada ahora gratuitamente en el desorden retrospectivo de los veranos.

En la casa de la jerezana calle Caballeros donde nací — o donde me llevaron de recién nacido— había una escalera que conducía directamente a una ciudad solar. Esta calle — que en alguna remota fantasía supuse asociada a mi apellido— enlaza la plaza del Arenal con la de la Cruz Vieja y es la vía ordinaria para transitar entre el centro urbano y el barrio de San Miguel. La escalera de que hablo subía hasta la azotea y desde allí se dominaba un deslumbrante paisaje de techumbres, plataformas y torretas asomadas a esa zona

de Jerez que constituye el eje ideográfico de mi primera memoria. Si se admite que el lugar donde se descubre el mundo es ya para siempre el compendio simbólico del mundo, ese escenario sigue proporcionándome las testarudas secuencias de una profusa genealogía cultural. Siempre era allí verano y todo aparecía invadido por una luz cegadora, con el sol rebotando contra los paredones como un fognazo contra unas sábanas. Apenas había tejados, sólo azoteas comunicadas entre sí por pretilas a distinta altura, los mismos que yo saltaba subrepticamente para recorrer en misiones exploratorias aquella otra ciudad luminosa y excitante,alzada sobre el prestigio arquitectónico de un Jerez todavía magnificado entre iglesias góticas, palacios barrocos y airosas casas populares. Ése fue el reino primario donde aún están almacenadas muchas de las provisiones infantiles de mi experiencia. Me imagino que se trata de una idea divagatoria, con escaso rigor deductivo, pero tampoco tengo por qué desdeñarla.

La azotea era el sucedáneo territorial de mis primeras inocentes libertades. Me resultaba mucho más difícil bajar a la calle que subir a la azotea, y aun así, mis escapadas del vigilante cerco doméstico las verificaba valiéndome de toda clase de astutas operaciones de merodeo. Mi madre siempre tenía miedo de que mi propensión incorregible a hacer lo más indebido se viera seriamente agravada con las complicidades de la azotea. Había allí además un peligro cierto: una balaustrada de barrotes desmontables a manera de lanzas que aislaba el terrado propiamente dicho del hueco del patio y que parecía muy apta para mis ejercicios de temeridad. Pero nunca llegó a tentarme ese peligro, no por ningún freno de la prudencia sino porque ya entonces sufría de vértigo y me amedrentaban severamente los espacios vacíos y las alturas excesivas. Incluso solía verme en sueños encaramado a un risco inaccesible o al faldón de un tejado con la despavorida certeza de que ni podría bajar ni tampoco me atrevería a mirar hacia abajo.

Yo me había fabricado un mapa con el itinerario que consideraba más idóneo para poder recorrer aquellas vecindades sin necesidad de arrostrar riesgos inútiles o exponerme al suplicio del vértigo. Era en cierto modo el mapa del tesoro y con él instruí a mi hermano Rafael para que se animara a seguirme en aquellas fascinantes expediciones y probara conmigo la maravillosa autonomía de andar de fisgoneo por las cumbres de las casas. De haber conocido entonces la historia de *El Diablo Cojuelo*, me hubiese agrado mucho esa emulación inocua del personaje de Vélez de Guevara. Sin llegar a levantar techumbres ni a violentar puertas, sí me gustaba mucho asomarme a todos aquellos sitios por donde a lo mejor lograba descubrir algún llamativo secreto. Más que la curiosidad, lo que me movía era el hecho de poder sorprender a quienquiera que fuese en el momento de perpetrar un delito. Mi aptitud detectivesca se veía muy favorecida por la singularidad del terreno acotado para la investigación.

Una tarde en que ya empezaba a subir de los ladrillos el vapor del verano, inicié en solitario una descubierta por mi ruta preferida. No era difícil cubrir con discreta habilidad la distancia que había entre la azotea de mi casa y la de la casa que formaba esquina con otra calle lateral. Sólo había que estar muy atento para no tropezarse con testigos indeseados, sobre todo con las muchachas que solían subir a tender la ropa a cualquier hora, aunque casi nunca por la tarde. Salté unos pretilos, atravesé una especie de aljarafe inclinado correspondiente a una casona vecina y me deslicé hasta el hueco de un ventanuco lo suficientemente bajo como para que pudiera asomarme. Y eso fue lo que hice. Había un cristal un poco turbio que me impidió al principio distinguir bien el interior de aquel cuartucho. Pero entonces, de improviso, me percaté de que yo estaba mirando a alguien que me miraba a mí justo al otro lado de la ventana, con la frente pegada al cristal, los ojos como velados por una opacidad agresiva. La sorpresa y el miedo me deja-

ron paralizado y tardé algo en poder reaccionar. Había reconocido en aquella cara de expresión temible a un joven venático que vivía cerca de casa y que siempre me había producido pavor las pocas veces que me crucé con él por la calle. De modo que escapé de allí a todo correr, olvidándome incluso de las malas pasadas que el vértigo podía jugar-me, y me reintegré disimuladamente y con el alma en un hilo al sosiego doméstico. El fantasma del perturbado me visitó durante varias noches seguidas y mermó de modo considerable mis entusiasmos exploratorios.

La azotea disponía de dos habitaciones dedicadas a trasteros y del llamado cuarto de la colada. Ahora, mientras recupero en parte esos recuerdos, siento la sensible cercanía del híbrido olor que se había ido adhiriendo como una textura a las paredes de esas habitaciones: un olor poderoso a maderas húmedas, a polvo de cereal, a lejía caliente. En ese olor también estaba ya incluido el fundamento de la vida y cada vez que he creído ventearlo he recuperado súbitamente todas las sensaciones que han ido decantándose en el fondo de aquel recuerdo. Yo solía también enredar mucho por allí y un día, junto con mi primo Rafael Bonald, descubrimos un viejo alambique arrumbado en uno de los trasteros. Era un aparato no muy voluminoso, proveniente sin duda del laboratorio del abuelo, y aún conservaba, bajo las costras consecutivas de la vejez, la invulnerable nobleza del cobre. Anduvimos limpiándolo y adecentándolo con paciencia monacal y quedó muy aparente, sólo que con el serpentín partido en dos. Procedimos entonces a empalmarlo con trapos y engrudos y lo trasladamos al cuarto de la colada. Parte de esa historia la metí de rondón en mi novela *En la casa del padre*, tal vez porque me pareció que podía ser como un indicativo relativamente creíble en torno a las digresiones de una niñez imaginaria que tenía algo que ver con la mía.

Nuestro propósito consistía en comprobar si era cierto, como nos habían asegurado en la clase de química, que el alcohol etílico se obtenía mediante la destilación del vino. Tanto al primo Rafael como a mí nos parecía muy rara esa posibilidad. Un alcohol que también se llamaba espíritu de vino tenía que responder a manipulaciones más enigmáticas. Así que para salir de dudas hurtamos en casa una damajuana del fino ligero que se usaba para guisar y la trasladamos también furtivamente al cuarto de la colada. Sólo nos quedaba encender el fogón donde se ponía a calentar el caldero para lavar la ropa, cosa que conseguimos después de rociar con una botella de gasolina el carbón vegetal que encontramos por allí. Llenamos de vino el depósito del alambique y, una vez afianzado sobre el fogón, nos mantuvimos en una espera anhelante. Al cabo de un buen rato, cuando ya habíamos perdido toda esperanza de que aquello funcionase, se oyó un tupido gorgoteo que muy bien podía ser el de la ebullición y, a poco, el alambique empezó a trepidar y a soltar unos resoplidos de mucho cuidado. Se le escapaba por todas partes un humo fétido que pronto se hizo irrespirable. Por lo visto, no sólo se había soltado el remiendo del serpentín, sino que algún conducto del aparato debía de estar atascado, pues comenzó a escapar un fluido cárdeno que enseguida se puso a arder por fuera del fogón, alcanzando a la botella de gasolina y a unas astillas que había por allí.

El primo Rafael y yo escapamos del cuarto antes de que las llamas y estallidos, que se habían propagado con pirotécnica velocidad, nos alcanzaran también a nosotros. Ni siquiera podíamos intentar valernos del agua para apagar el fuego, ya que el único grifo existente era el de la pila que había junto al fogón de la colada, de modo que optamos por bajar a pedir socorro cuando ya subía la familia en pleno, o los miembros de la familia y del servicio que había en casa en ese momento, a saber: mi madre, las tías Isabela y Victoria, mis hermanos Rafael y María Julia, el criado del

abuelo Rafael —que ya apenas ejercía— y las dos muchachas. El único que no acudió fue el abuelo, pues sólo se levantaba de la cama muy de tarde en tarde y nunca por motivos justificados.

Nadie sabía qué hacer, aparte de prorrumpir en toda clase de exclamaciones y de aportar iniciativas descabelladas, hasta que a Ramón, el criado del abuelo, se le ocurrió formar una cadena con cubos y cacerolas de agua desde el piso de abajo hasta la azotea. Así que nos pusimos manos a la obra y, tras una larga operación de acarreo, se consiguió sofocar lo más aparatoso del incendio. Al menos se apagaron las llamas, aunque persistió el humo y la emanación apesosa de las cenizas. El cuarto de la colada había quedado, de todos modos, en un estado lamentable y no sé qué hicieron con él para devolverle al menos las meritorias mugres que había ido almacenando antes de que el fuego las purificara. Por lo que a mí respecta, tampoco recuerdo qué clase de castigo me tenían reservado. En ese trance de los castigos nunca fui consciente de que fueran ejemplares, entre otras cosas porque mi madre no era partidaria de imponerme otra penitencia que la de fingir que estaba de veras enfadada conmigo, anunciándome sin mucha convicción que tendría que pensar en un buen escarmiento e incluso aparentando que no deseaba dirigirme la palabra. Y eso sí me reportaba la sospecha intolerable de una especie de confiscación de mi voluntad. No soportaba la idea de un silencio, de una reserva que, en cierto modo, interceptaba la más apetecible validez de mi oficios filiales. En cualquier caso, semejantes correctivos no duraban más de un día y, una vez transcurrido ese plazo, la reconciliación siempre me parecía una recompensa especialmente conmovedora.

A partir de aquel descalabro, la azotea ya no tendría para mí la misma imantación aventurera de que había gozado hasta entonces. Entre mi tropiezo con el vecino afectado de idiotez y el incendio de marras, la verdad es que me quedarían pocos arrestos para reincidir en mis correrías por

aquel territorio prohibido. Pero alguna transgresión tuvo que producirse, debido probablemente a que mi hermano Rafael me había asegurado que desde el tejadillo de uno de los trasteros se veía el mar en días bonancibles. No logro acordarme si me atreví efectivamente a comprobar, después de las trastadas precedentes, lo que mi hermano decía, cosa que en ningún caso podía ser cierta. Pienso, sin embargo, que tal vez se alcanzase a divisar desde esa atalaya alguna simulación marina provocada por la incidencia de los rayos solares en una hondonada campestre. No sé. Pero esa hipotética visión del mar, instalada todavía en algún rudimentario circuito de la imaginación, me tenía bastante encandilado. Deseaba vivamente constatar de facto —como ya no tardaría en ocurrir— una noción de la naturaleza que nunca había llegado a entender: la índole consecutivamente inabarcable de un paisaje marítimo. Claro que todas esas pretéritas figuraciones, vislumbradas a tan larga distancia, ni responden en ningún caso a refrendos objetivos, ni yo las admito como tales. Se trata, simplemente, de un intento de recuperar ciertas sensaciones que aún se albergan en mi memoria y no de ninguna fidedigna información sobre esa memoria.

La primera vez que vi el mar fue en Sanlúcar de Barrameda, el verano anterior al del comienzo de la guerra civil. Lo sé porque ese mismo año hice la primera comunión y mi conducta antes y después de la ceremonia fue tan deficiente que me amenazaron con privarme del veraneo. Aunque la amenaza no era exactamente viable, a mí me pareció tan despiadada que hice toda clase de méritos para que no se cumpliera. El asunto tuvo sus prioridades tragicómicas. Yo, de niño, tenía el pelo muy rubio y ensortijado y, de acuerdo con esas presuntas señas alegóricas, el capellán del colegio de los marianistas me había elegido como heraldo seráfico de la función, o sea, que debía abrir el desfile de los comulgantes portando una vela rizada y, lo que era peor, un ramito de azucenas que debía depositar al pie del altar. A mí to-

do eso me traía a mal traer, sobre todo por lo que el papel de angelito tenía de aniñado, y no hacía más que pensar en cómo librarme de semejante bochorno.

Así que la misma mañana abrilease en que iba a celebrarse la primera comunión me levanté más pronto de lo debido y, sin encomendarme a Dios ni al diablo, procedí a teñirme el pelo con un trozo de carbón y a planchármelo con un cepillo empapado en tragacanto. La operación me dejó literalmente impresentable y, cuando mi madre se levantó y me vio de aquella guisa, a punto estuvo de sufrir un soponcio. Ella no tenía la garganta preparada para levantar la voz, y nunca lo hacía, pero aquella vez prorrumpió en unas exclamaciones demasiado agudas que la dejaron seriamente afónica. Me tuvieron que enjabonar la cabeza a toda prisa, con lo que recuperé mi estado natural, y pudimos llegar al colegio sin mayores tropiezos. Lo único que andaba mal era mi ánimo y me sentía tan furioso y tan sublevado con el mundo que tuve la absoluta convicción de que iba a comulgar en pecado mortal. Ignoro si me arrepentí en el momento preciso, o no me arrepentí en ningún momento, pero en todo caso me resigné a hacer de querubín sin que se me notara mucho que no lo era, y recibí la comunión con la debida compostura. Lo peor vino después.

En aquella época apenas si se festejaban tales ceremonias religiosas. A diferencia de lo que ahora ocurre —todo ese ridículo alarde de comparsas, banquetes y majaderías anexas—, la celebración se reducía entonces discretamente a un privado acto devoto y a un desayuno en el ámbito familiar. De modo que, una vez terminada la función en la capilla de los marianistas, nos fuimos a casa a tomar un chocolate con bizcochos. Aparte de mis hermanos Rafael y María Julia, estaban allí los primos Rafael y Leonor, que eran los que tenían más o menos mi misma edad. La excitación fue subiendo ostensiblemente de tono y lo que prometía ser un ameno regocijo terminó en batalla campal. Todo em-

pezó cuando el primo Rafael se mofó repetidas veces de mi irrisoria facha de angelito, a lo que yo contesté volcándole una taza de chocolate por encima. A partir de ahí hubo toda clase de refriegas, empleo de armas arrojadas y persecuciones varias, sólo interrumpidas cuando la algazara alertó a toda la familia y se impuso severamente la terminación del desayuno, la dispersión de los comensales y, en consecuencia, el final de toda aquella malograda celebración.

No sé por qué desajustes imaginativos opté entonces por esconderme en un armario de la galería, donde permanecí oculto un buen rato, retenido a partes iguales por la rabia y el temor. Anduve curioseando entre unas cestas que había por allí y a poco se materializó uno de los recuerdos de mi infancia que más se han resistido a desaparecer: algo así como una cuña incorregible alojada en la memoria y removida con sistemática regularidad. El caso fue que, mientras jugueteaba con un acerico, me había puesto un alfiler en la boca y, cuando vine a darme cuenta, ya no lo tenía allí. Lo primero que pensé es que me lo había tragado y que con toda probabilidad estaría deslizándose por el interior de mi cuerpo para clavarse en el sitio donde más daño podía hacerme. No relacioné para nada ese percance con ningún castigo divino, que era lo más plausible, sino que más bien lo consideré una consecuencia funesta de las insidias del primo Rafael. El miedo me hizo abandonar de inmediato el escondite para ir en busca de mi madre. Estaba naturalmente dispuesto a contárselo todo, pero de pronto decidí no hacerlo, más que nada porque iba a añadir un nuevo y mayúsculo disgusto a los varios que ya había protagonizado en aquella calamitosa mañana. Lo único que hice fue darle un beso con gesto compungido, como si me despidiera de ella sin querer alarmarla, y guardar un silencio tan tenaz que, dada la situación, se volvía aún más angustioso.

Pasé varios días en un continuo sobresalto, aterrorizado y sumido en las mayores incertidumbres. Me vigilaba cualquier pinchazo o cosa parecida que pudiera sentir y me palpaba por todo el cuerpo a ver si conseguía localizar algún indicio de los efectos mortíferos del alfiler. Tal vez lo que más me desazonaba —y, en cierto modo, lo que más me envanecía— era el hecho de no haberle confiado a nadie el gravísimo peligro en que me encontraba. Sólo una vez me aventuré a recabar indirectamente la opinión de una criada. «¿Qué pasa si alguien se traga un alfiler?», le pregunté. «Que se muere», me contestó, con lo que mis secretas zozobras se aproximaron ya decididamente a la desesperación. Andaba tan cabizbajo y ensimismado que mi madre creyó que debía de estar incubando alguna enfermedad o que se trataba de una impensable enmienda de mi conducta. Supongo que yo también me aproveché de esas presunciones de arrepentimiento para ir neutralizando la amenaza de que no me llevarían a Sanlúcar, si es que llegaba con vida a esa eventualidad.

Todo eso supuso realmente una experiencia acongojante, pero tampoco pasaron muchos días sin que empezara a dudar de que me hubiese tragado el alfiler. Hasta que finalmente, y en vista de que ni me había muerto ni me dolía nada, acabé por olvidarme del asunto o, en el peor de los casos, por no pensar en él con tan truculenta obstinación. Lo que sí me quedó fue como un remanente de conformidad conmigo mismo por no haberle contado a nadie lo que me pasaba, un hábito que conservé durante muchos años, pues muy pocas veces he compartido con los demás mis quebraderos de cabeza. Aun suponiendo que todo eso no sea sino una requisitoria educativa del carácter, tampoco deja de ser una buena fórmula para no arruinar en exceso la propia reputación. Quién sabe. A lo mejor también tiene algo que ver con todo eso lo que contaba mi madre a propósito de mis primeras incursiones en la lengua hablada; contaba que cuando yo apenas tenía siete meses pronuncié